CAPITULO DECIMO TERCIO.

Interior del cónclave.=Resultado de los tres primeros escrutinios.=Progreso de Mastai.=Su emocion. =Pasa en oracion el tiempo que media entre el tercero y el último escrutinio.=Resumen de votos.= Mastai lee diez y siete veces seguidas su nombre.= Suplica que se le libre del cargo de escrutador.=Se lo niegan.=Suspension del escrutinio.=Mastai tremulo y lloroso.=Asombro de todos los miembros del sacro-colegio.=Continua el resumen y pronuncia su nombre treinta y seis veces.=Todos los cardenales confirman la eleccion por aclamacion.=Formalidades de la aceptacion.=Mastai toma el nombre de Pio IX.=Desaparecen todos los doseles que cubren los asientos de los cardenales, y solo queda uno.=Ya no hay allí mas que un soberano.= Compostura del nuevo Papa.=Primera adoracion. =Se suspende la proclamacion hasta el dia siguiente.=Se abren las puertas del cónclave.=El príncipe Barberini.=Dicho del Papa.

Mientras que el pueblo romano se entregaba á la alegria que le causaba la falsa noticia del triunfo de su favorito, pasaba en el cónclave, una escena estraña, dramatica y tierna.

Hemos dicho que habian tenido ya lugar tres escrutinios: el resultado de ellos habia sido cada vez mas desfavorable al Austria. Mastai veia por el contrario, que en cada escrutinio se aumentaba el número de sus votos, que el de los de Lambruschini disminuia y que era mayor el de los que se perdian. En el segundo escrutinio habia ganado cuatro votos, en tanto que su rival habia perdido dos; en el tercero, el dia 16 por la mañana, Mastai, como escrutador, habia leido once veces solamente el nombre de Lambruschini, y veinte y siete el suyo.

La emocion del cónclave iba siendo mayor á medida que se acercaba el momento del desenlace.

A las tres de la tarde del mismo dia, se abrió de nuevo el escrutinio: Mastai estaba en su sitio. Estaba pálido y parecia tristemente preocupado: el resultado de la prueba de la mañana le causaba miedo. Habia pasado rezando todo el tiempo que medió entre los dos escrutinios.

Se abrió la sesion con el canto del *Veni Creator*, despues se procedió á la escritura y al deposito de las papeletas en el caliz; en seguida se recogieron los votos de los enfermos con las formalidades acostumbradas, y estando ya todos reunidos, se dió principio al examen de los votos en medio del silencio mas profundo.

Mastai leyó su nombre sobre la primera papeleta, sobre la segunda, la tercera, la cuarta y asi sucesivamente y sin interrupcion hasta la diez y siete inclusive. Su mano temblaba, se debilitaba su voz, y cuan-

do el segundo escrutador le presentó la diez y ocho papeleta, y vió en ello tambien escrito su nombre, le pareció que un denso velo cubria sus ojos. Suplicó á la asamblea que tubiera piedad de su turbacion, y que encargara á otro que continuara desempeñando las funciones de su cargo. Mastai olvidaba que un escrutinio interrumpido de aquella manera hubiera anulado la votacion. Recordandolo felizmente el sacro-colegio, le gritaron de todas partes:» Descansad, descansad! tomad todo el tiempo que para ello necesiteis, nosotros esperaremos.» Los que se hallaban mas inmediatos á él le obligaron á sentarse y á que descansara. Uno de sus colegas le presentó un vaso de agua. Estaba sentado, y aun permanecia tremulo, silencioso, inmóvil. No oia nada; no veia ya: dos arroyos de lágrimas surcaban sus mejillas. Esta alteracion tan profunda, tan verdadera, conmovió á la mayor parte de los cardenales, para los que hasta entonces habia sido desconocido, y les conmovió tanto mas cuanto que en aquellos tesoros de sensibilidad y de modestia, vieron la justificacion mas inesperada y mas persuasiva del acto que acababan de cumplir.

Al cabo de algunos instantes, Mastai se levantó y volvió á la mesa de los escrutadores, sostenido por dos de sus colegas. El examen se acabó lentamente. Al leer la última papeleta habia pronunciado treinta y seis veces su nombre.

Todos los cardenales se levantaron al mismo tiempo; una sola voz resonó bajo los techos artesonados de la capilla Paulina. El sacro-colegio, habia confirmado por aclamacion el resultado del escrutinio; pero el nuevo Papa estaba arrodillado. Se restableció la calma; se respetó su oracion, y cada uno volvió á ocupar su trono.

El cardenal Macchi tocó entonces una campanilla; á esta señal se abrieron las dos hojas de la puerta principal, y el secretario del sacro-colegio, acompañado de los prefectos y maestros de ceremonias, entró en la capilla. Dieron una vuelta, parandose sucesivamente ante el sub-decano y los cardenales gefes de órden, todos abandonaban sus asientos, y descendian á la nave; cuando no habia ya ningun trono ocupado y todos los Eminencias estaban reunidos, se dirigieron hacia el nuevo elegido para preguntarle si consentia en la eleccion.

El cardenal Macchi llevó la palabra: *Aceptasne*, le dijo, *electionem de te factam in Summum Pontificem?*.

Mastai se levantó, su rostro tenia una espresion indecible de dulzura: estaba sereno y radiente; respondió con sencillez que se conformaba con la voluntad de Dios, y que tomaba el nombre de Pio IX. En aquel momento, los doseles que cubrian los asientos de los cardenales cayeron todos como por su propio peso. á escepcion de uno solo. Los miembros del colegio no formaban ya parte de la soberania: estaba toda entera concentrada en un solo hombre; habia un Papa en la asamblea.

Mientras que monseñor de Ligne, prefecto de las ceremonias y notario de la Santa Sede, estendia el acto de aceptacion, se procedió á la compostura

del Soberano Pontifice. La costumbre encomendaba este cuidado á los dos primeros cardenales diáconos, Riario Sforzia y Bernetti; se colocaron á los dos lados de Pio IX y le condujeron á la sacristia: allí ayudados por sus conclavistas, le quitaron sus vestidos, y le pusieron una sotana de tabí blanco atada á la cintura con una banda cubierta de oro; despues colocaron sobre sus hombros el roquete, la muceta de seda encarnada y la estola, mientras que los camareros le ponian las medias blancas y las chinelas escarlatas adornadas de cruces bordadas.

Cuando el Papa estuvo vestido con los hábitos pontificios, los dos diaconos le llevaron á la capilla, y le hicieron sentar delante del altar, en un trono que se habia colocado allí durante su ausencia. Entonces comenzó la primera adoracion. Todos los miembros del sacro-colegio, con el su›-decano á su cabeza, fueron á besar de rodillas la chinela y la mano del Gefe de la Iglesia; en seguida se levantaban, é imprimian sobre su rostro el osculo de paz. Concluida la adoracion el Camarlengo puso en el dedo del Papa el anillo del pescador que Pio IX se quitó al instante, y que entregó á su maestro de ceremonias para que hiciera grabar en él su nombre.

Cuando la eleccion ha sido hecha por la mañana, hay la costumbre de que despues del homenage del sacro-colegio el primer cardenal diacono se dirije inmediatamente al gran aposento, que se abre á este efecto para dar parte al pueblo de la eleccion. Pero cuando los trabajos del cónclave no terminan hasta por la noche, la ceremonia de la proclamacion se dilata hasta la mañana siguiente.

En este caso, lo que únicamente se hace es abrir las puertas del Quirinal para dar libre salida á la circulacion de tan gran noticia. Todos los personages de distincion que se hallaban en el palacio ó en sus inmediaciones, fueron admitidos á besar la mano del Soberano Pontifice. Entre ellos, no tardó en presentarse el viejo principe Barberini, comandante de los guardias nobles, el mismo á quien Mastai habia solicitado que le concediera la charretera, hacia treinta y dos años, y que le habia negado aquella solicitud despues de su accidente de la callejuela de S. Ana.

Apenas le vió Pio IX, le hizo seña de que se aproximara, y dandole á besar afablemente su mano, le dijo:» Querido principe, á vos se debe todo esto; aunque estariais muy distante de creer, al negarme el nombramiento de oficial, que llegara un dia en que Dios hiciese de mi un Papa.

CAPITULO DECIMO CUARTO.

Noticia de la eleccion.=Su efecto.=Mastai desconocido.=El pueblo en Monte-Cavallo.=Los albañiles abren el aposento.=El maestro de ceremonias y el primer cardenal diácono proclaman el nuevo Pontifice.=Primera bendicion.=Multitud silenciosa.=Toma de posesion en el Vaticano.=Coronacion.=Ceremonia de las estopas.=Las primeras reformas pasan desapercibidas.

Eran cerca de las doce de la noche cuando la noticia de la eleccion de Pio IX empezó á esparcirse por la ciudad. Causó, en la mayor parte de las personas que la supieron, el disgusto mas profundo. Todos esperaban, como ya hemos dicho, el nombramiento de Gizzi. Fue grande la consternacion cuando, en lugar del nombre de su candidato, oyeron los Romanos pronunciar el de Mastai, que no era conocido mas que de algunos huérfanos de la clase obrera, y por lo cual la masa del pueblo no tenia razon alguna de interesarse. Se preguntaban lo que era aquel arzobispo-obispo de Imola, á quien los negocios de su diócesis habian tenido quince años alejado de Roma, y que habia hecho para merecer los sufragios de sus cólegas?

Algunos cuantos artesanos, y algunos misioneros, pronunciaban los nombres de Tata Giovanni, San Miguel y Chile, pero se les escuchaba con indiferencia, y el pueblo, no pudiendo atribuir al nuevo Papa ningun recuerdo glorioso, afirmaba que infaliblemente tendria que sucumbir bajo el peso del trabajo que habia aceptado.

Si Pio IX no hubiera tenido por rival mas que á Lambruschini, el pueblo se habria alegrado de su triunfo; pero habian esperado otro mejor, al menos asi lo creian, y derribar á Gizzi por Mastai, al hombre de principios políticos conocidos por aquel de quien ignoraban absolutamnete las opiniones y actos, renunciar á las esperanzas de amnistia y de reformas, volver á entrar bajo el yugo de un nuevo Leon XII ó de otro Gregorio XVI, que dejaria marchar las cosas á voluntad de algun ministro de Estado retrógrado, quizá del mismo Lambruschini, eran cosas que no podian soportar con paciencia.

Sin embargo, la masa del pueblo, que no habia tenido tiempo de ser desengañada, continuaba creyendo en la eleccion de Gizzi. A la mañana siguiente, muy temprano, una multitud inmensa se agrupaba en la plaza de Monte-Cavallo para recibir la primera bendicion de su Soberano; los albañiles estaban ya colocados en sus puestos, armados de piquetas y palancas. Cuando la última procesion se fue alejando acabando de cantar el *Te Deum*, y cuando el pavimento de la plaza, los caballos de la fuente, los balcones de las terrazas, y hasta los tejados, estuvieron atestados de gen-

te, las piquetas y martillos comenzaron á hacer bambolear el tabique que cerraba el gran aposento. Los ladrillos cayeron al principio uno á uno sobre el balcon esterior, despues se desplomó un gran pedazo; y bien pronto la abertura pudo dar paso á una persona. El maestro de ceremonias del cónclave, seguido del primer cardenal diácono, apareció entonces, con la cruz papal en la mano; separando con el pié los escombros se colocó á la derecha del balcon. El cardenal, inclinado sobre la barandilla, saludó al pueblo, y le dijo en latin.»*Anuntio vobis gaudium magnum; Papam habemus eminentissimum ac reverendisimum dominum Joannen Mariam Mastai Ferretti, S. R. C. presbyterum cardinalem, qui sibi nomen imposuit Pius IX.*»

»Os anuncio una gran alegria; tenemos por Papa al eminentisimo y reverendisimo Señor Juan Maria Mastai Ferretti, presbitero cardenal del Sacro-Colegio Romano, que ha tomado el nombre de Pio IX.

A estas palabras, sonaron las trompetas de los guardias nobles, los tambores de los suizos, de los granaderos pontificios y de las tropas de linea, colocados en la plaza y calles adyacentes, tocaron marcha; la artilleria del castillo de S. Angelo, avisada por una señal convenida, se dejo oir en lontananza, y las campanas de toda la ciudad se echaron á vuelo. La multitud permaneció silenciosa.

Cuando se retiraron del balcon el maestro de ceremonias y el cardenal, dos camareros pusieron la colgadura de púrpura y oro que anuncia la bendicion pontifical. Se abrieron todas las ventanas de la fachada del

palacio, y un instante despues volvió á aparecer la cruz papal. Esta vez precedia á todo el cónclave. Por la abertura hecha en el tabique que cubria el aposento, se vió avanzar majestuosamente de dos en dos á los cardenales seguidos de sus camareros. Todos los que pudieron tomar sitio á los dos lados del balcon se colocaron alli, dejando en el centro un espacio vacio; las otros ocuparon las ventanas mas próximas á derecha é izquierda. El nuevo Papa apareció el último.

Cuando se asomó al balcon, se agitaron algunos pañuelos, resonaron algunos gritos; pero la masa del pueblo permaneció impasible. Pio IX levantó sus brazos hacia el cielo como para pedirle el talento y la fortaleza necesarios para el buen gobierno de un pueblo. Dos torrentes de lágrimas caian de sus ojos.

Este movimiento fue tan espresivo que todo el mundo adivinó su intencion; la multitud se conmovió. Dos salvas de aplausos probaron al Pontifice que no todas aquellas almas eran incensibles. El primer lazo entre el Soberano y el pueblo nació, segun se vé, de una emocion del corazon. Pio IX pronunció entonces, con voz firme, las palabras de la bendicion, á las que multitud de voces respondieron como de costumbre, despues entró en la parte del palacio Quirinal, que habia dicho queria habitar.

En la tarde de aquel mismo dia, el Papa fué á tomar posesion de la basilica del Vaticano; recibió de nuevo la obediencia de los cardenales en la capilla Sistina y sobre el altar de la confesion de S. Pedro. Algu-

nos dias despues, el 21 de junio, fue coronado solemnemente en la misma basilica, á presencia de los cardenales, de los embajadores, de los principes romanos, y del pueblo que acudió no solo de todos los cuarteles de la ciudad, sino del campo y de las legaciones, para asistir á aquella magnifica solemnidad y ganar la indulgencia anexa á la gran bendicion pontifical.

Siguiendo la costumbre establecida, en semejantes circunstancias, se quemaron por tres veces ante el nuevo Soberano Pontifice unas estopas para recordarle la vanidad de las grandezas humanas. Pio IX no tenia necesidad de esta leccion tradicional para renunciar á las pompas de la soberania; porque hacia muy poco que habia sido elevado á aquella dignidad, y sin embargo, ya habia hecho grandes rebajas en la mayor parte de los gastos del palacio.

A pesar de las reformas interiores por las cuales el Papa preludiaba otras mucho mas importantes, las prevenciones seguian siendo las mismas; se esperaba sin creerlo aun, el decreto de amnistia, que el nuevo Pontifice habia prometido al dia siguiente de su eleccion. Desesperaban ya de conseguirlo, porque les parecia que no habiendole dado el dia de su coronacion, para inaugurar su reinado, no le daria ya, puesto que aquel era en su concepto el instante mas á proposito para el cumplimiento de su promesa.

A esta causa indudablemente se debe atribuir la frialdad con que el pueblo asistió á la ceremonia de la coronacion y recibió la bendicion del Papa en la plaza de S. Pedro.

Se asegura que al volver de la ceremonia, y cuando entraba en Palacio, Pio IX dijo á los que le rodeaban: »Los Romanos me tratan duramente! Pero, paciencia! yo sabré disipar sus prevenciones.»